

SECCION LITERARIA.

EL POETA MORIBUNDO.

TRADUCIDO DE LAMARTINE, POR RAFAEL POMBO.

La copa de mis días rompióse aun rebosando;
La vida en cada aliento váseme ya escapando;
Ni besos ni suspiros su fuga detendrán.
Cimbrando el hueco bronco que fúnebre me llora,
Ya el ala de la muerte da en él mi última hora.
Qué harás, alma mía, jomir o cantar?

Cantemos! que aun la mano rige la ardiente lira;
Cantemos! que hoy la muerte, como al cisne, me inspira
A orillas de otro mundo un ai! arrobador.
Presajio venturoso que al bardo el jenio envia!
Si mi alma toda es hecha de amor i melodía,
Sea su adiós un canto divino de amor.

La cítara al romperse da el acorde sublime:
La lámpara no muere sin que ántes se reanimo
I mas que nunca vívida fulgure al espirar;
El cisne mira al cielo en su hora de agonías,
I solo el hombre cuenta con lágrimas sus días
Mústio hácia el pasado tornando a mirar.

Valen, ai! nuestros días el llanto que los llora?
Qué son? Un sol tras otro, una hora en pos de una hora,
La hora que viene idéntica a la que huyendo va;
Lo que una trae, roba otra: de nada el hombre es dueño!
Labor, reposo, angustia, de vez en cuando un sueño:
He aquí el día, i luego la noche vendrá.

Ah! llora aquel que asiéndose cual hiedra a los despojos
De los vencidos años, ve con febriles ojos
Ir su esperanza hundiciéndose con el mañana infel.
Yo que no eché raíces sobre la tierra, en breve
La dejo, i sin esfuerzo, como la rama leve
Que un soplo de brisa llevóse con él.

Pobre poeta! tú eres el ave pasajera
Que no dejó ni un nido labrado en la ribera,
Ni se posó en el árbol, ni el mástil coronó;
Meciéndose indolente al son del mar profundo,
La oyó pasar cantando, lejos de tierra, el mundo,
L de ella tan solo la voz conoció.

Jamas en sus confianzas con el laúd de hermano
Guió mano de maestro esta novicia mano.
Lo que Dios mismo inspira no lo enseña el mortal.
No aprende a rodar su agua la resbalada fuente,
Ni a destilar su almíbar la abeja diligente,
Ni a encumbrarse escelsa el águila real.

La alta campana, hiriendo los aires ajitados,
A turnos canta o llora, por los recitreados.
Por los que al mundo llegan, por los que parten de él.
Yo era cual ese bronco que ha depurado el fuego:
Golpeando contra mi alma cada pasión, bien luego
Un sublime acorde resonaba fiel.

Así en la hermosa noche, pulsada por las brisas,
Tal vez junta sus quejas acreas, indecisas,
Un harpa cólica al ruido del zarcador raudal;
Sorprendido el viajero curioso se detiene,
Escucha, i en su asombro no sabe de do viene
Esa de suspiros trova celestial.

El harpa muchas veces mojé con llanto mío,
Que este es para nosotros el celestial rocío,
I el corazón sin llanto nunca madurará.
Rota la copa, el néctar fluye a torrentes de ella,
I el misterioso bálsamo que nuestra planta huella
Su mejor perfume jeneroso da.

De un hábito quemante Dios hizo el alma mía;
Cuanto a ella se acercaba, cual ella se encendía,
I ai! amé demasiado, i muero porque amé!
Cuanto mi ardiente mano tocó, polvo se hizo!
Así el fuego del cielo que cae sobre el pajizo
Muere cuando todo consumido fue.

Pero, i el tiempo? Es ido. La gloria pues? Qué importa
Ese eco aislado i vano que siglo a siglo aporta?
Un nombre! ruin juguete de la posteridad!
Aquel que a un nombre el reino del porvenir prometa
Oiga el són que le guarda la lira del poeta. . .
Ah! la primer brisa llevóselo ya!

No, no deis a la muerte tan frívola esperanza.
El eco de esa nota, que huyó, que nadie alcanza,
En torno de una tumba eternizar queréis?
¿Ese de un moribundo postrer aliento es, Gloria?
Vosotros que los tiempos brindais a su memoria.
Mortales, dos días siquiera poseáis?

Jamas, sábelo el cielo, sin sonreirse helada
Articuló mi boca esa elocuente nada,
Voz que inventó en un sueño la vana pudrición.
Buscando su sentido halléla siempre hueca
I la arrojé, cual una corteza árida i seca
Que en vano esprimimos con ansia febril.

En su esperanza estéril de un logro incierto el hombre
A paso de viñero lanza al torrente un nombre
Que cada vez mas débil sobrenadando va:
Juega el raudal del tiempo con la reliquia vaga:
Flota uno, dos, tres siglos. . . i al fin?—Al fin naufraga
Do el eterno abismo del olvido está.

Un nombre mas yo arrojé a esa onda sin ribera;
Lléveme cielo i vientos donde la suerte quiera:
Húndase o triunfe! Un nombre no me engrandeció, no.
El cisne al remontarse, de los ánjeles inespéd,
¿Acaso a mirar torna si en el hollado césped
De sus raudas alas la sombra quedó?

“Pero porqué cantabas?” Al ruiseñor pregunta
Porqué su dulce cántiga allí en las noches junta
A los murmullos de aguas que bajo sombras van.
Amigos, yo cantaba como el mortal respira,
Cual se lamenta el pájaro o el céfiro suspira,
Cual rodando el agua murmura su alán.

Amor, plegaría i canto: hé aquí toda mi vida.
Mi hora de los adioses llegó, i en la partida
Ninguno perder siento de tanto hermoso don:
Solo el suspiro férvido que se remonta alado,
I el éstasis del número, i el silencio encantado,
De un seno que oprimo con mi corazón.

Sentir so el harpa tímida temblar su planta bella:
Ver cual de nota en nota, de nuestro seno al de ella,
El armonioso vértigo comunicado va!
Hacer que lluevan lágrimas ojos que amamos tanto,
Como del viento al ósculo suelta la flor el llanto
De que el virgen cáliz rebosando está.

Ver de la mujer-ánjel la mirada inocente
Alzarse triste i límeda al cielo trasparente
Cual en pos de un suspiro para volar con él:
I a nosotros bajándose, tan casta como amante,
Ver bajo sus pestañas arder su alma transparente,
Cual fero que ansioso columbra el bajel.

Ver por su frente en sombra pasar su pensamiento
Quedarse sin palabras su labio temulento
I al fin tras el silencio oír mágica estallar
Aquella que los cielos repiten i el abismo,
Palabra de los ánjeles, palabra de Dios mismo,
Yo te amo! . . . Eso vale un suspiro, un pesar!

Un pesar! un suspiro! Vana expresion de duelo
En alas de la muerte se escapa mi alma al cielo:
Parto! do va el descao tras la instintiva fe!
Do ven brillar los ojos la luz de la esperanza,
Do cada amante sílaba de mi kund se lanza,
Do cada suspiro de mis ansias fue.

Cual ave que no ciegan de oscuridad las nieblas,
La fe, ojo del alma, rasgando mis tinieblas,
Con su instinto profético mi suerte me anunció.
Mi espíritu mil veces, sorprendiendo en su vuelo
Tras los inmensos campos del porvenir, el Cielo,
A la muerte misma muy atrás dejó!

No señaleis mi osario con fúnebre momento:
No fatigéis mi sombra con grave monumento,
Que ai! de un puño de arena celoso nunca fui.
Pejad bastante espacio, únicamente os pido,
Para que cuando pase por mi rincón de olvido
El desventurado pueda linearse allí.

En esa de las sombras posada soñitaria
Suele de un césped fúnebre alzarse una plegaria,
I muerte i esperanza reinan al par las dos.
Desde una fosa, al mundo la planta no se aferra;
El horizonte ensúchase mas allá de la tierra,
I a ménos esfuerzo va el alma hasta Dios.

Ven, aqñilon furioso! i a la borrasca inquieta
Llévale en mil pedazos la lira del poeta:
Adios! la de los ánjeles lo está esperando ya!
Viviendo a la par de ellos en inmortal delirio,
En inmortal trasporte de número sin martirio,
Cielos resonando con su voz oír!

Bien pronto. . . Mas la muerte con silenciosa mano
Tocó el dorado alambre, que al estallar profano
Da un són doiente i dulce cual amoroso adiós.
Calla mi plectro helado. Pulsad el vuestro ahora,
Oh amigos! i a sus himnos mi alma soñadora
Parta de este mundo, de otro mundo en pos.